

NYC

Pedro Vicente Oropeza Itriago

Image not found.

Capítulo 1

NYC

El hombre se templaba los pelos de las cejas y observaba la punta de su zapato, en una postura muy típica de cuando tomaba una actitud reflexiva ante la vida y también a propósito de sus pensamientos de introspección sobre todas las cosas que le habían tocado vivir desde su infancia. Por momentos se distraía de esa actividad central que le ocupaba la mayor parte del tiempo, cada vez que lo hacía se convencía más de que absolutamente nada de lo que le rodeaba tenía que ver con él. Era un mundo completamente ajeno. Hacía memoria y solamente encontraba referencias de ese entorno y del idioma que se hablaba, en las noticias internacionales de las emisoras de la radio de bandas y en la prensa nacional de su país de origen. La locación de esta escena tenía lugar en una poltrona de uno de los recibos del lobby del Hotel Pennsylvania en la Ciudad de Nueva York. El relator lo observa desde su memoria difusa un tiempo considerable después de haber ocurrido este acontecimiento, cuando cayó en cuenta de la importancia que tuvo para este hombre las circunstancias que se describen. Corría el año 1955, el motivo que lo condujo allí correspondía de acuerdo con los análisis que él mismo había confesado, al tercer evento triste que últimamente lo había afectado profundamente. Aunque sobre estas cosas en particular prefirió eludir los pensamientos, difícilmente era capaz de evitar el miedo. Optó por distraer su mente en cosas ligeras y enfocaba su introspección en el viaje a Europa que recientemente había realizado y sobre todo en aquel contraste muy particular, entre ese viaje muy planificado y organizado especialmente a su gusto y el de su esposa, en barco, sin muchas limitaciones de tiempo y este otro que le había tocado hacer ahora, con tiempo mínimo, por motivos de salud extrema y teniendo que afrontar entre otras cosas montarse en un avión que le causaba pánico. Aunque ya superado el trauma de esta primera experiencia en la ida, el regreso lo veía sin mucha preocupación.

Para el momento de su partida, con el objetivo claro de lo que debía hacer y los gastos que tenían que pagarse, no tenía una idea muy clara de quienes serían los acompañantes, por cuanto fue una resolución de última hora, tal vez una suplencia de alguien que a última hora no apareció para el momento de concretar el compromiso adquirido. El cronista tiene una laguna informativa al respecto. Se daban reuniones familiares y conversaciones telefónicas. La agencia de viajes a la espera por confirmar reservación de pasajeros que definitivamente viajaban. Su angustia por tener que volar en un avión lo desvelaba y le producía una somatización de urticarias en la espalda que ya no soportaba. Al final se fue por su propia cuenta con su esposa a aclarar la cuestión con su agente. – ¡¡Decidido!! Mi hermana, la enfermera y yo. Estos son los datos de cada uno de nosotros. Le pido por favor que el viaje lo hagamos en Pan

American.

Corría el segundo día desde su llegada, las actividades centrales de recibimiento y entrega de la paciente a los médicos ya se había realizado temprano de acuerdo con lo planificado con el hospital especializado. Ahora le tocaba a él solo, el transcurrir de aquellos días, hasta que se culminara el tratamiento. Aquel lobby lo escogió como lugar central para pasar las horas. La fuga de las imágenes en su cabeza hacia el pasado era indetenible, una vez que vio partir a ese ser querido hacia el centro de salud, sin él tener alcance de estar con ella y apoyarla directamente, lo hacia sufrir un desasosiego y todo era recordarla niña, jugando con sus otros hermanos menores. Siempre se sintió su protector. La tristeza lo embargaba una vez más y quería evitarlo. Los pensamientos en aquella poltrona fueron de pronto interrumpidos. El parloteo en español de un grupo grande de latinos lo hicieron voltearse y darse cuenta de que aquel río de gente que caminaba por la avenida frente al hotel, de pronto había vomitado un contingente importante en ese lobby que simulaba otra calle más de Nueva York. Pudo detallar por el acento que se trataba de cubanos y parecía que eran integrantes de un equipo deportivo, probablemente de beisbol, por cuanto se le sentaron en las sillas de al lado y hablaban de un juego que tendría lugar el día siguiente. Su mente se abstraer, de pronto en medio de la tristeza percibe un paréntesis de alegría, y cae en el transcurrir de un viaje que hizo el 1941 a Cuba, con motivo de un juego de la final de la Serie del Caribe, entre la selección de Venezuela contra la de Cuba. Había sido un juego histórico. Aquel tema le trajo a la mente muchos momentos inolvidables, por lo divertido de algunas de las aventuras del viaje, que le provocó un gesto muy de él, cuando comenzaba a reírse solo. Aquella estadía en La Habana cuando estaba soltero, que tuvo como motivo central el juego donde salió triunfante Venezuela, fue motivo de muchas celebraciones. Las fiestas, el entusiasmo y también los amoríos que se dieron con chicas cubanas en aquellos días con los compañeros de parranda, se prolongaron y llegaron a ser tres meses continuos de vacaciones, boleros, cha cha cha y guaracha, en hermosas playas caribeñas. El recuerdo transformó su rostro y de aquel gesto de esa risa solitaria de pronto salió una carcajada en medio de aquella gente extraña, a quienes tuvo que pedir disculpas para que no pensarán que se estaba burlando de ellos. Cuando se percata que todos lo están mirando con extrañeza, él hace un paneo general al grupo, y les manifiesta:

- ¡¡Disculpen!! El motivo de mi risa tiene que ver con recuerdos alegres que ustedes por su forma de hablar y también por eso de que son jugadores de beisbol, me traen a la mente momentos muy gratos que pasé allá en su país con unos amigos con motivo de la Serie del Caribe que se jugó en 1941. Aquel juego final entre Venezuela y Cuba fue sensacional. Por supuesto para nosotros fue una alegría muy grande porque ganó nuestro equipo. En eso, uno de los muchachos deportistas,

con euforia le comentó:

- Si, nosotros somos un equipo de liga doble A que vinimos de Camagüey a un juego amistoso. Hemos escuchado de ese juego que usted nos relata, aunque para ese entonces yo estaba muy pequeño. Pero fíjese, mi papá siempre recuerda ese acontecimiento, Cuba perdió, que siempre ganaba esa Serie, pero siempre habla de la celebración de los visitantes venezolanos que fue una cosa memorable. - ¡Así mismo sucedió! Le respondió. Aquello fue ¡¡un juegazo!! El pitcher batió récord de ponches y pasó a ser un "héroe nacional".

El hombre pidió permiso y se levantó del asiento para que se sintieran con libertad, decidió caminar. Estuvo mirando algunas vitrinas de las tiendas que dan hacia el lobby y algunas que tienen también frente hacia la calle. Entre otras, unas de ropa de damas, otra de venta de maletas de cuero y relojes, detallaba todas las mercancías. Al final del pasillo, se encontró con un café que le pareció agradable para pasar un rato allí y así cambiar de ambiente, se sentó en una de las mesas, se percató que había un parecido enorme con las fuentes de soda que se habían montado últimamente en Caracas, le llamó la atención el equipamiento y el mobiliario que eran los mismos que empleaban en aquellos de la capital venezolana. Miró por la ventana que daba a la séptima avenida sobre una acera amplia y pensó para sí mismo: - ¿Porque será que aquí no abren los cafés hacia la calle y ponen mesitas como en España? ¡Donde uno puede sentarse y ver pasar a la gente! Haciendo remembranzas de aquel viaje a Europa durante el cual se sentaba en alguno de los cafés de la Avenida José Antonio en Madrid a tomarse medio güisqui.

Por esas casualidades de la vida a este relator que realizó un viaje a Nueva York más de medio siglo después de estos acontecimientos, le hicieron reservación en ese mismo hotel, allí pasó una semana con su esposa y su hija. Durante casi toda su estadía, no cayó en cuenta de esa curiosa coincidencia hasta que en un momento en que le tocó esperar solo, sentado en el lobby a que llegaran de compra las muchachas, se le comenzaron a repetir algunos hechos de su infancia que tenía en la memoria lejana. En el estar donde estaba sentado había en la pared, un grupo de cuadros pequeños de fotografías blanco y negro de varios de los edificios emblemáticos de Nueva York, entre ellos el edificio del propio Hotel Pennsylvania que lo destacaban entre los demás. Aquella imagen le trajo a la mente una camisa blanca estampada con fotografías iguales que su papá le llevó de recuerdo junto con un radio de transistores con estuche de cuero que también le llevó a su mamá, de los primeros que salieron al mercado. Resultó ser que la foto del hotel la recordaba perfectamente porque estaba ubicada en el bolsillo de la camisa.

Veía pasar a la gente desde aquella ventana sin mucha concentración por cuanto su cabeza estaba en el hospital, muy pendiente de como seguiría el proceso terapéutico que le estaban haciendo a su hermana. Aquel

asunto lo tenía muy preocupado por cuanto los médicos en Caracas habían diagnosticado una enfermedad grave con pronóstico reservado. Como último recurso propusieron que se realizara este tratamiento que era lo más avanzado en descubrimiento científico para tratar el cáncer. Había entrado la noche, La angustia le había hecho perder el apetito y no le provocaba cenar. Pidió un pequeño sándwich que se llevó a la habitación. Cuando pasó por el lobby intentó sacar un refresco de la máquina dispensadora pero no pudo, por la confusión con las monedas. Pidió el favor en la recepción para que lo ayudaran. Al final logró hacerlo, ya en el ascensor pensaba para sí mismo. Esperaba que el día siguiente hubiera una respuesta médica que prometieron darle.

La cámara kodak de fuelle que compró especialmente para hacer un viaje a Los Andes con sus dos hermanas, fue la protagonista de un sueño muy vivido que tuvo en aquella habitación del hotel neoyorquino esa noche. Intercalado con recuerdos familiares y lágrimas en los ojos, se le vino a la mente aquella travesía por carretera en su propio vehículo que le permitió compartir con sus hermanas y otras amistades que lo acompañaron. Su hermana menor, la más joven del grupo la pasó estupendamente. Viajaron por todos esos páramos, deteniéndose en parajes encantadores y tomando fotografías muy alegres. Las fotos son muy elocuentes del disfrute de aquellos momentos inolvidables que quedaron para la posteridad. Manos muy cuidadosas, probablemente de ella, organizó un álbum de fotos muy completo que el relator todavía conserva.

En la estadía familiar de vacaciones que hacían ya iniciándose la segunda década del siglo XXI, quien relata pudo constatar algunas evidencias de aquel suceso de su pasado lejano. La atmósfera del hotel para ese entonces lucía antigua, aunque con una decoración sobria más reciente que disimulaba la edad real de la edificación. Sus fachadas son de un edificio de veinte pisos de estilo ecléctico, construido en los años treinta. Interiormente, los pasillos tienen una apariencia que recordaba la locación del hotel invernal de la película *El Resplandor*, aquel film de Stanley Kubrik. Tal era el parecido por consenso entre el trio familiar que comenzaron a sentir temor de que se les aparecieran las gemelas sangrientas en el hall de ascensores, ya que estos emitían un sonido idéntico cada vez que llegaban a un piso, por las noches se acentuaba el sentimiento. Aunque este hecho no tenía que ver con los recuerdos familiares, si evocaban a la vez risas y temores vividos en el cine y al mismo tiempo por aquel hombre solitario vagando por esos pasillos algo lúgubres y los comentarios al respecto que le había hecho saber a su esposa. Todo ese sentir, de estas casualidades combinadas con las imágenes infantiles, le provocaron al relator evidencias irrefutables de que compartieron aquellos mismos ambientes con aquel ser querido lleno de angustia y desasosiego. Motivo por el cual le impulsó a realizar este documento, con el fin de que sirviera de evidencia a futuras generaciones sobre lo que ha sido la soledad y las emociones que siempre perduran por más que prevalezca el silencio y las medias verdades, tanto de alegrías

como de tristezas.

Al día siguiente las horas transcurrían y no paraba de jalarse las cejas y pasarse la mano por el bigote, se debatía entre la fuente de soda donde tomaba café para calmar los nervios y comer algo, y la habitación en la que descansaba cuando los pensamientos se lo permitían y donde una que otra vez dormía alguna siesta o la actividad que era más común, soñar despierto. Su esposa y su hijo eran tema permanente, intentó llamar desde recepción varias veces a larga distancia, pero fue infructuoso el intento, luego trató vía radio y el ruido no le permitía escuchar. Se hacía de noche otra vez. No había tenido noticias aquel día tampoco. Salió hasta el porche del hotel para tener contacto con el exterior, aquella desazón no le permitía ningún beneplácito. Comenzó a pensar que probablemente haría falta algún aporte económico que destrabara cualquier evolución extra que requiriera el tratamiento médico y aquel pensamiento fue perfecto para conducir una nueva preocupación. En eso se dio cuenta que había pasado la hora de la cena del restaurante y optó de nuevo por algo ligero en el café. Ya cerca de las once de la noche fue que subió a la habitación sin ninguna noticia.

Los dos motivos de tristeza que anticipaban aquel viaje eran intrigantes para el cronista que, aunque suponía la respuesta, no le gustaba pensar en el asunto. Mientras meditaba al respecto, sentado mirando las fotos de los edificios, sintió un contingente de personas entrar por la puerta principal con caras de aturdimiento, entre ellas pasaban casi desapercibidas su esposa y su hija, cargadas con varias bolsas de compras entre ellas una que decía Payless. Sintió un alivio al pensar que los gastos no habían sido demasiados. Al verlo al lado de aquella galería de fotos de edificios, cayeron en cuenta que habían dejado de visitar muchos lugares importantes, que el tiempo corría y había que aprovecharlo al máximo. -¡Debemos ir esta tarde a visitar el Edificio Chrysler, ¡Es una maravilla! ¡Debemos constatar todos los detalles de esa estupenda obra maestra de la arquitectura! Le insistía vehementemente su esposa y al mismo tiempo su hija le pedía para ir también a la terraza del Empire State para tomar fotos de la ciudad. – ¿Pudiéramos ir mañana? – En estas tardes otoñales despejadas, con esa luz tan especial, las fotos salen extraordinarias. Dijo su hija. Se fueron a almorzar y se quedó pensando para sus adentros lo difícil que era cumplir planes culturales predefinidos. Las compras eran mucho más apasionantes. Esa tarde salieron a recorrer la ciudad los tres juntos. Objetivo, el Edificio Chrysler. En la vía se detenían las chicas en todas las tiendas, menos mal que el Empire State quedaba cerca y pudieron llegar a conocerlo antes de que cerraran.

Un taxi Chevrolet Bell Air amarillo, entre los muchos que hay en Nueva York, se detuvo la mañana siguiente bajo aquel pórtico de columnatas dóricas del Hotel Pennsylvania, de él se bajaron su hermana, la enfermera

y un médico del Hospital.

El hombre se tomaba un café con mucha calma, a media mañana, viendo pasar la gente por aquella avenida que sentía tan ajena, hacía memoria y encontraba asidero de confianza con el contexto inmediato en la harina que compraba para su negocio, recordando que provenía de allí mismo y que las gestiones las hacía él personalmente, también los repuestos que compraba su hermano, quien vivía en otra ciudad, la mayoría, provenían de empresas automotrices de Los Estados Unidos. Sin embargo, por su misma formación incompleta que tuvo en la vida dado que se vio obligado a trabajar tiempo completo desde la infancia, todo aquel mundo lo veía fuera de sus alcances. De pronto se percata que se le sienta en su misma mesa una persona que le parecía conocida pero no identificaba.

- ¿Nos conocemos? le pregunta él

- Si, Tal vez no se recuerde de mí porque el grupo era grande. Le dice la dama con acento cubano. Nos contó ayer de su visita a Cuba. Tengo un recuerdo muy preciso de usted, aunque en ese entonces era una niña. Usted fue con mi hermana para muchas fiestas allá en la Habana y para el Tropicana. Aquel hombre, se le queda mirando, haciendo un esfuerzo para recordar, se mueve el sombrero hacia arriba y voltea para el techo, le sale una sonrisa involuntaria y en eso le pregunta. - ¿Cómo se llama su hermana?... En ese preciso momento escucha: - Señor, señor. Era el botones de la recepción. ¡Su hermana con el médico lo están solicitando, ya llegaron! La expresión le cambia completamente, siente una especie de corto circuito por todo el cuerpo sin remedio de solución. Con sonrisa forzada. Se disculpa con la señorita, - ¡¡Lamento muchísimo tener que dejarla, pero desafortunadamente me tengo que ir!! ¡Encantado en conocerla! Desencajado, se acomoda el sombrero y sale de la fuente de soda con su gabardina en la mano.

- El tratamiento se ha llevado a cabo cuidando lo más mínimos detalles, debe guardar una dieta que se especifica en el recípe y también los medicamentos complementarios que se indican. De todas maneras, el pronóstico es reservado y hay un alto porcentaje de probabilidad que el desenlace no sea el esperado. Expresó el señor de la recepción quien traducía las palabras del médico en inglés. Aquella noticia combinada con la emoción fuerte que acababa de tener creó en él una expresión demacrada y pálida que además le produjo un llanto incontrolable que no le permitía hablar - ¡Mil gracias por ayudarnos! ¡Muchas gracias a usted también! dirigiéndose al médico. Se da un abrazo con su hermana y con la enfermera, le agradece mucho sus servicios a ella también.

Dirigiéndose al señor de la recepción le dice. - ¡¡Nos pide por favor un taxi, que salimos a las dos para el aeropuerto!! - ¡¡ Con mucho gusto!!

Ya de regreso a la ciudad donde vive. Su esposa lo espera a eso de las diez de la noche en casa, su hijo duerme, se abrazan, ella lo mira con interrogante expresión tratando de decirle que solidariamente está con él en esos acontecimientos tan serios.

- ¿Cómo estuvo todo? ¿Cómo te fue? – ¡Me fue bien, momentos de mucha angustia! ¡No salí del hotel! ¡Creo que más nunca vuelvo para Nueva York!